

## Por una vida consagrada que se humaniza y humaniza

**N**o es la primera vez que la revista TESTIMONIO vuelve sobre este tema. Y lo hace porque se ha pedido y se ha pedido porque se necesita. Se quiere encontrar el camino para hacer de la vida consagrada una escuela, un hogar de humanidad en el contexto sociocultural que nos rodea. Para ello necesitamos maestros, experiencias, reflexión, caminos, preguntas, respuestas, testimonios, opciones claras... y algo de esto se encuentra en este número de TESTIMONIO.

*¿Qué decimos los religiosos del s. XXI cuando decimos ser humano, hombre, mujer? ¿Qué digo yo cuando afirmo que creo en la persona humana? ¿En qué creo? ¿A qué respuestas llego? ¿Qué consecuencia tiene eso en nuestra oración, en la distribución de nuestro tiempo, en la calidad de nuestro compartir, en nuestra vivencia de la sexualidad y de la afectividad, en nuestras relaciones, en nuestro proceder como ciudadanos, en el ejercicio de las diversas responsabilidades que asumimos? ¿Sería distinta nuestra vida comunitaria, laboral, cotidiana sin formularnos esta pregunta?*

*En estas páginas, una vez más hay preguntas, y también respuestas. Se intenta dibujar cómo debe ser la vida religiosa que se humaniza y humaniza. Darse la tarea de ser plenamente humanos es el desafío primero que sobre todo algunos grupos de religiosos y religiosas se deberían dar. Sobre todo si se parte de esta gran realidad. El seguimiento de Jesús, es el de un Dios que se hizo ser humano y vivió humanamente. Por tanto, debemos empeñarnos en ser humanos, tomar en serio la condición humana. Tenemos que dar un paso más y recordar que nuestra misión es humanizar. Humaniza la fe, la transparencia, la justicia, la verdad, el cariño, el trabajo... Nuestros*

*contemporáneos tampoco la tienen fácil. En los mejores tiempos de la historia de la vida consagrada, esta supo ofrecer alternativa de humanidad y mostró en qué consistía la verdadera humanidad y vivir humanamente. En este aspecto estamos en deuda.*

*Humanizarse no es poner intensidad de una manera hasta obsesiva en el sufrimiento, en la sumisión, en el aislamiento, en la renuncia, en la fealdad. No es tampoco quedarse con una parte del ser humano y priorizar el espíritu y quitar valor e importancia al cuerpo y a la materia; no es desprestigiar la libertad y reducirlo todo a obediencia ciega. La meta es integrar y darle espacio tanto al dolor como al gozar, a la búsqueda como al encuentro, al silencio como a la palabra, al alejarse como al compartir, a la mente como al corazón. No hay que contraponer espiritualidad y actividades humanas. Los tradicionales consejos evangélicos bien vividos nos ejercitan adecuadamente en tres dimensiones fundamentales de la persona humana: el tener, el poder y el gozar. Mal vividos, orientados exclusivamente a las renunciaciones, hieren fuertemente nuestra ansia de realización humana, truncan nuestra ansia de humanidad.*

*No hay duda que la vida consagrada ha dado importantes pasos de humanización en las últimas décadas; hay que seguir por ese camino, si no, como se recuerda en uno de los artículos “en ella hay de pecado lo que falta de humanización”. Está más preocupada de la felicidad y de vivirla y transmitirla que lo estuvo en el pasado. Con evangelio en mano tenemos que concluir que nuestra vocación consiste en ser humanos y vivir humanamente, ya que el evangelio está hecho a la medida de lo más auténticamente humano. Con el evangelio en mano se cuestionará, también, fácilmente nuestras interpretaciones del ser humano y nuestro modo de proceder y sobre todo se le llenará de pasión y de compasión. Hay varias realidades que hacen nuestra vida intensamente humana: la gratuidad, la alegría, la misericordia, la sabiduría, el amor, un modo sencillo de vida y el servicio. No hay duda que este “piso” de humanidad es indispensable para que la vida consagrada sea significativa y fecunda. Bien podemos decir que “antes” de ser religiosos hay que ser personas. Para ello tenemos que saber mostrar la verdadera fisonomía de la persona humana hecha carne en la vida consagrada. Esa fisonomía pasa por la mirada serena, los ritos de la vida humana bien hechos, el saludo amigable, la relación acogedora, el perdón, el agradecimiento, el silencio, la narración interesante, el cuidado del otro...*

*Bien podemos concluir que el querer del Padre es que todo ser humano y, sobre todo el religioso, llegue a la plena realización humana, ya que solo al alcanzar esa plenitud puede encontrar a Jesús y por ese mismo hecho ser plenamente feliz.*